





mejor era no atosigarle. Esta tesis mía era diametralmente opuesta a la tesis oficial del exilado español.

Habría preferido mil veces la lucha seria, eficaz y emocionante de Berlín, al estúpido comadreo de aquí, llevado con toda la malicia que estas cosas adquieren en las ciudades muy pequeñas. No había hecho más que llegar y ya era un personaje oscuro, incomprendible, acaso siniestro. Germanófilos había muchos allí, muchísimos, empezando por el Presidente.

Se tenían bien oído que si me dejaban, si no me tenían neutralizado, no habría habido mejor campaña que ver la mía. Para colmo, hasta los judíos

de Guatemala sospechaban de mí. Todos eran tan obcecados que

no se daban cuenta de que a un miligramo de sospechoso que yo hubiera sido no habría podido telegrafiar a España media hora diaria, como pude hacerlo, gracias al servicio de una empresa norteamericana, durante mis tres años de estancia en el país. Pero el rumor no conoce inconvenientes. Además, yo había llegado a Guatemala con mi optimismo rebosante sobre la victoria de Inglaterra cuando, a decir verdad, nadie creía en ella. Había llegado, justamente, en el peor momento. Cuando la guerra submarina tenía sobreecogido al mundo. Momento de discreción para los británicos. En fin, creo, desde que puse el pie en América, que yo era el número uno en antinazismo—porque lo conocía mejor, y sólo se llega a convicciones sólidas y auténticas sobre las cosas cuando se conocen—, en optimismo sobre la victoria aliada y en capacidad propagandística. Pero ¿se ha visto situación más curiosa que la que me tocó? Si alguien me hubiese dicho al partir de Europa que esto me podía ocurrir en América, la habría tomado por loco.



A los dos meses tenía terminado el libro de cuyo anticipo convenido había cobrado la mitad. Mister Foote, Agregado de Prensa británico en Guatemala, vino una tarde a casa y lo recogió. A poco volvía con él. Opinaba que era "demasiado fuerte". Me dejó de una pieza. ¡Demasiado fuerte!... Mister Foote, que era una persona normal, no pudo

disimularme que lo encontraba tan exagerado que dudaba de su potabilidad en América. Le había dado el libro sin retocar y me alegré. Tomé su consejo como oro de ley. Consideré que era hora de que yo leyese todo lo que se había escrito en América sobre la Alemania de Hitler, y después de leído, escribir una nueva obra. Manos a la obra y a escribir otro libro más suave después de tragarme todo lo publicado hasta la fecha. Y entre tanto, que dijeran lo que quisieran decir.

Pero... Pero un día el General Ubico hizo actual en la Prensa del país el tema de la Honduras británica. Era de actualidad y yo no podía excusarme. Periodísticamente debía hablar de ello, puesto que la prensa del país lo trataba con extensión y pasión. Había surgido a propósito de un asunto de espionaje. Una banda de individuos del Caribe había sido detenida bajo la sospecha de espionaje en favor de Alemania. El jefe, muy poderoso, propietario de pequeños astilleros y numerosas embarcaciones, era súbdito británico. Total, que se puso sobre el tapete toda la espinosa cuestión de la Honduras británica o territorio de Belice que reivindica Guatemala, a mi entender, con justicia. Era periodista y Guatemala tenía toda la razón. Sin vacilar me lo jugué todo, cosa que haré siempre. Mis crónicas sobre este asunto fueron lo que debían ser. Crónicas sinceras, favorables a Guatemala de la cruz a la fecha y, en fin, como serían las de cualquier periodista español. ¿Es que un periodista tiene derecho a sentirse atado a alguien y por otros lazos que los de su objetividad? En Europa, mi parcialidad a favor de Inglaterra me habría forzado a callarme lo que en América no me creía con derecho a silenciar.

Estas crónicas sentaron malísimamente—ya me lo suponía—, y cuando llamé a mister Foote, después de un esfuerzo ímprobo para concluir el segundo libro, me respondió que mi libro no interesaba ya, que interesaba el primero, el fuerte, y en aquella fecha. El segundo ni lo quiso leer. Y, como si fuese lo más cotidiano en mi vida esto de escribir dos libros seguidos, fuerte el uno y suave el otro, sobre un mismo tema, puse los originales en un cajón de mi mesa, del que no quiero acordarme. Sin una palabra de protesta y sin rencor.



Cuando me vió quieto, en casa, callado, neutralizado y, ¿por qué no decirlo?, asqueado, el General Ubico me ignoró. Pero entré en pugna con mis insignes compatriotas exilados. Porque estaba hasta los pelos de leer estupideces. Por culpa de ellos propalaban los periódicos ferocidades contra cada español que no sentía o coincidía con su modo de sentir y de pensar. Según ellos, los españoles que no nos declaráramos exilados o rojos constituíamos la quinta columna de Himmler en América. Habría podido darles lecciones de democracia. Y, claro, podría también haberme pasado a sus filas con toda mi historia de luchador antinazi y sin un solo elogio ni para el General Franco ni para su régimen. Sabía que me habrían recibido muy bien. Podría haber hecho carrera. Enchufarme en el presupuesto de alguno de esos gobiernillos particulares, sin más Ministerio serio que el de Hacienda, gracias al tesoro de Alí Babá y los cuarenta ladrones. Pero no. No pude digerir ni digeriré nunca la sorpresa que me produjo al llegar a América verles rabiar de deseo porque Franco entrase en la guerra del brazo de Hitler, verles mentir para desatar contra España las furias de todo el mundo aliado, y verles denunciando a cada español que llegaba de allá como quintacolumnista o perro rabioso. Aquí sólo diré que escribí una carta abierta a Indalecio Prieto. No le dije todo lo que le podría haber dicho, pero le dije lo bastante. Y no reaccionó. Nadie reaccionó. Es curioso, muy curioso; pero en los tres años que duraría mi estancia en América jamás se escribió mi nombre en la prensa ni para bien ni para mal. Me ignoraron. No lo digo con despecho, sino con orgullo. Es muy curioso. Es el único caso. No aparecí en esos libros del supuesto quintacolumnismo español en América, no aparecí denunciado y maltratado en ninguna plana de periódico o libelo. Es mi mejor ejecutoria, ya que, como es sabido, el exilado español y los que interesada o inocentemente le hacen el juego, no desaprovechan así como así bocados como la presencia de un periodista, corresponsal de la Agencia española Efe, llegado a Centroamérica con una carta de Serrano Súñer, para decir, denunciar, protestar y patelear.

A la chita callando, es otra cosa. A las calladas, la guerra fué sin cuartel. Denuncia tras denuncia, anónimo tras anónimo... Si me movía de la capital, era para llevar un mensaje tenebroso a la frontera de Méjico; si no se me veía, es que estaba en El Salvador ocupado con un contrabando de armas. Me llegaban cartas del Extranjero—porque se sabe que las del Extranjero las lee la censura—con sutiles alusiones a armamento o abastecimiento de submarinos. Pero siempre toda esa actividad agazapada, jamás pública, como era de uso en esa prensa americana tan carnívora.



En 1944 nació mi quinta hija. Fué lo bueno de aquel año. Ocurrió hacia la mitad exacta. Cuando llevábamos ya ocho meses sin recibir el giro. Creí primero que se trataba de una cuestión de la Agencia Efe; pero recibí una carta del Banco diciéndome que los giros a mi nombre estaban sujetos a licencia especial. En una palabra, el Departamento del Tesoro me bloqueaba las remesas que venían por Nueva York. ¿Y por qué? Es un misterio. Me envolvían telas de araña. Pero para acabar con los misterios lo mejor es arrojar luz. Esto sólo se podía hacer en la Embajada de los Estados Unidos. Allí nadie sabía nada: todos me apreciaban, no lo comprendían. Preguntaron a Norteamérica y se hizo un silencio mortal. Por fin conseguí que me abriesen una investigación a contar desde el día de mi nacimiento. Mister Clayton, el Agregado Jurídico, escribió el libro de mi vida. Yo le proporcioné, además, el hilo necesario para que cada detalle pudiera ser investigado sin esfuerzo. Durante varias semanas no hicimos otra cosa. Aquel joven trabajaba con meticulosidad de abogado y astucia de detective. Me encantaba. Después llegó la hora de sus preguntas y pude deducir algo. Pero las denuncias eran tan bufas, que cayeron con un soplo. Lo único molesto es que yo debía haber sido denunciado como un genio de capacidad, y, por desgracia, se veía en conjunto y en detalle que tonto no soy. Esto es grave con norteamericanos. Les inquieta todo el que se descubra como no vulgar. Mister Clayton escribió, pulsó, comprobó. Fué una obra que duró meses. Meses sin cobrar. Y, sin embargo, cumplí mi servicio, a diario, como siempre; no me mudé de casa y pagué puntualmente a la Tropical Radio 250 dólares mensuales por la transmisión de mis crónicas. Y, claro, cuando al final mister Clayton ya no tenía más que preguntar, más que aclarar, más que investigar, me

vino con la que él creía que era la pregunta clave, la pregunta de las preguntas, aquella que yo no podría contestar satisfactoriamente... Porque ¿de qué diablos vivía sin reducir mis gastos y sin dejar pendiente ni un solo recibo de la Tropical Radio? ¿Cómo un hombre que no tenía bienes, ni reservas, ni protectores—según había declarado él mismo—podía sacarse del bolsillo todos los meses, sin salir apenas de su casa y jardín, unos cuantos cientos de dólares? ¿Cómo así durante ocho meses y en plan de continuar durante ocho años?



El maravilloso truco era el siguiente: Yo tengo una sortija que vale cerca de dos mil dólares. Era el único objeto de valor que habíamos traído a Guatemala. Al no llegarme el giro de España y consumir todas mi pequeñas reservas, pregunté a uno de mis proveedores si me podría prestar ochocientos dólares dejándole en prenda la sortija, de

modo que si no la rescatase yo, fuese para él por dicha suma. El comerciante aceptó encantado. Al enterarme una semana después de que mis giros se debían a bloqueo, tuve por inminente una investigación que provoqué yo mismo. Y, como es lógico, advertí al comerciante en cuestión que no se sorprendiese si le preguntaban del Departamento de Investigación de la Embajada americana lo que hubiera de verdad en esto del préstamo con la sortija de garantía. "Preguntarán, le dije, de dónde he sacado el dinero para vivir y tendré que presentarles las cuentas al céntimo. No tiene importancia para usted. Diga la verdad y en paz. Únicamente se lo advierto para que no se sorprenda." Pero el sorprendido fui yo cuando aquel buen hombre, muy preocupado, rascándose la cabeza, me dijo cariñoso: "Mire, tome la sortija y no me meta en líos. Prefiero que ni me nombre. Ya sabe usted lo que son las cosas. Uno va a parar a la lista negra por menos de nada y después es muy difícil salir, porque los de la competencia se le vienen a uno encima como tigres. Tome la sortija y no hablemos más de ello. Ya pagará ese dinero cuando pueda."

Así descubrí que con aquella pequeña sortija podía vivir en América tantos años como la guerra durase. Podría incluso hacer fortuna si quisiera montar el negocio con malicia y en fraude. Es lo cierto que me limité a sacar todos los meses lo que necesitaba. Me bastaba proponer al dueño de cualquier establecimiento que me prestase unos cientos de dólares con la garantía de aquella sortija, que valía mucho más. Y me bastaba con volver a fin de mes a advertirle que el Servicio de Investigación norteamericano quería saber si era cierto aquello del préstamo sobre la sortija. Infaliblemente me la devolvían. De modo que podía seguir la cadena sin perder un minuto. Con una sola salida al mes lo tenía todo resuelto. Y repito que había podido extremar el negocio buscando establecimientos de los que más temían verse en la lista negra y reduciendo el plazo de un mes a sólo una semana. Más aún, pensé que una banda bien organizada con unas docenas de brillantes hermosos podría hacerse con fabulosas sumas en todo el continente. Yo fui más modesto y más honrado. Sabía que me llegaría el dinero y que podría pagar. Me circunscribí a mis necesidades, y ni le tenía miedo a la miseria ni respeto al Departamento del Tesoro.



Míster Clayton se quedó confundido, anodado, Y el primer Secretario de la Embajada, míster Drew, que era el que de hecho llevaba la Embajada, me brindó una prueba de que la Embajada americana no se solidarizaba con mis anónimos denunciantes y daba por sobrado satisfactorio el resultado de la investigación, invitándome de un modo

especial a saludar en la Embajada a la señora de míster Roosevelt, durante su paso por Guatemala. Esta señora, que parecía rígida y hasta hombruna en las fotografías, me causó una impresión excelente. Es suave, de expresión dulce y de agradable voz. Departió conmigo como una ciudadana cualquiera, pero muy señora.

Fui a América a efectuar una labor propagandística antihitleriana, que muy pocos podían hacer como yo. Pero me anularon. Me anularon porque desprecié el fácil triunfo. Me habría bastado presentarme como solidario de los del exilio refiriendo brutalidades de España y presentando a ésta en atroz contubernio con los del Eje, para que todas las puertas de América se hubiesen abierto para mí, para

que las planas de la prensa americana me hubiesen concedido grandes espacios y para que en pocas semanas se me citase entre los héroes. Como en lugar de hacerlo así atendí con preferencia los intereses de la causa aliada, el exilado español me condenó. Pero no abierta y declaradamente, sino en la sombra y con astucia.

Era necesario hacerme callar porque ponía el dedo en la llaga de su verdadera actitud ante el conflicto con mi denuncia irrefutable. Así fueron colocadas en villana mano las piedras negras que con su gravitar en mi economía habrían de forzarme a despejar el campo. Pero en eso les vencí. No pudieron conmigo. Y volví a vencerlos también en su empeño infatigable para que no pudiera yo pasar por los Estados Unidos, temiendo como temían mi contacto con la Prensa de esta gran nación. Entré en los Estados Unidos con todos los honores. Y renuncié a denunciar estos hechos en aquella Prensa porque estaba advertido de que me vencerían con malas artes, apelando a los más bajos recursos. Pero técnicamente mía fué la victoria. Y doble, por cuanto no quedó un solo cabo por atar que pueda impedirme hoy exponer a los pueblos de América lo que sería monstruoso dejar ignorado.



La pequeña ya estaba lo bastante fuerte para resistir el viaje. Un viaje que yo quería dar pasando por los Estados Unidos. Podía volar a Cuba para embarcar allí, pero me parecía demasiado Trópico para mis hijas. Esto nos puso en discusión al sucesor de Mr. Clayton y a mí. Este sucesor de míster

Clayton se llamaba Meinnen y era futbolista, pero de los que juegan más con la cabeza que con los pies. El pobre muchacho se aburría demasiado en Guatemala y asesinaba el aburrimiento ahogándolo con whisky. Según él, podía marcharme por Méjico y Cuba o por donde había venido. Según mi paternal criterio, era demasiado Trópico para mis hijas en pleno mes de septiembre. Le tenía de muy mal humor que hubiese puesto un telegrama extensísimo al propio Mr. Roosevelt explicándole al detalle todo mi caso y poniéndome a disposición de la Investigación norteamericana si creía que algo de mi conducta haya quedado por aclarar. En el telegrama anunciaba al Presidente que a mi paso por los Estados Unidos volvería a repetir mi ofrecimiento, dando así una oportunidad preciosa para investigaciones tan amplias como se quisiera si es que hacían falta. A Mr. Meinnen esto le sacaba de quicio. No quería de ningún modo que yo pasara por los Estados Unidos, mientras que yo no quería viajar por otro país, aunque me constaba que lo difícil era conseguir el visado norteamericano en aquellos años de guerra. Pero en fin de cuentas triunfé yo. Toda la familia Penella de Silva llenó papeles, puso huellas digitales y recibió el importante visado para entrar en los Estados Unidos de Norteamérica. Lo importante ahora es que llegamos a Norteamérica, recibimos alojamiento especial en el aeropuerto, por falta de habitaciones en los hoteles, y pude cumplir mi promesa de anunciar nuestra llegada al Presidente de la nación para que antes de nuestra partida se investigase si algo faltaba, hasta acabar con la menor nubecilla oscura que pudiese haber sobre mi conducta en el Hemisferio. Porque tenía un interés especial en no dejar cuentas pendientes. Porque no huía, que es lo que se quisiera. Y porque no temía a nadie, por alto o agazapado que se encontrase. Sabía de dónde me venían los tiros y sabía que no era mano que pudiera mostrarse a la luz. Y el que voluntario me marchase ahora no podía ni debía significar en manera alguna que renunciase a plantear de nuevo la cuestión, en fecha que yo elegiría y desde cualquier punto de este mismo continente, cuya libertad de expresión acaparaban los exilados españoles a la sombra de las excepcionales circunstancias de guerra. Por eso me interesaba tanto puntualizar con telegramas al propio Presidente de los Estados Unidos (telegramas de los que conservo copia sellada) que no huía, que no temía y que hablaba más alto y desafiante que pudiera hacerlo otro frente a contrincantes que ponían buen cuidado en no hacerse visibles.